

Subcomisión de Cultura

Coordinador: Spiner, Rubén

Integrantes:

Blanco, Federico (Buenos Aires)

Cannata, Valeria (Tucumán)

Carbia, Sergio (CABA)

Clerc, Constanza (Bella Vista)

Di Prinzio, Luis (CABA)

Escandar Saravia, Adriana (Salta)

Gatti, Carlos Fernando (CABA)

Lui, María Fernanda (Jujuy)

Mercado de Scaglione, Susana

(Santiago del Estero)

Vidal, Graciela del Carmen (Córdoba)

Prólogo

Una vez más como todos los años, compartimos con ustedes, parte de la producción que venimos intercambiando.

Si se considera que la lectura es una herramienta indispensable para el crecimiento personal: cuanto más rico sea el bagaje lingüístico, mejor podremos comunicarnos.

Experiencias, fantasías, ilusiones, aventuras, enriquecen la sensibilidad y llevan a la memoria circunstancias reales o ficticias.

Agrandemos nuestro capital de historias, para crecer como seres humanos, ejercer mejor la tarea médica y optimizar la relación con nuestros pares.

Al decir de Jorge Luis Borges: *“las palabras son símbolos de recuerdos compartidos”*

Esperamos que lean estos escritos y que ellos formen parte de vuestro entretenimiento.

Nos complace dar la bienvenida al Grupo de Literatura, a la Dra. María Estela Cúneo, ganadora del Concurso de cuentos en el Congreso 2024, y cuyo trabajo integra esta Antología.

Dra. Graciela del Carmen Vidal

Coordinadora

Grupo de Literatura

Integrantes año 2024

Carbia, Sergio

Cúneo, María Estela

Grzeszczak García, Bárbara

Guerrero, María Cristina

Lynch, Guillermo Francisco

Lui, María Fernanda

Pilz, Cynthia Patricia

Valdez, Nilda

Vidal, Graciela del Carmen

Selección de Poemas y Narraciones

2024

David va a jugar de visitante

Le vas a decir que no lo haga esperar

ALEJANDRA KAMIYA

Sabés cómo es él. Toda una infancia juntos. Y sabés cómo se mueve, que le gusta, que no, cuál es su debilidad, o su tic. Sabés todo. O crees saberlo.

Porque bien sabe el viento frío que se cuela por las hendidias del piso más alto del antiguo departamento de veraneo de Mar del Plata, quienes son ustedes dos, de donde vienen, cómo eran sus padres. Ese ulular del aire helado en caprichoso movimiento aguarda paciente el encuentro, aun sin entender el porqué de esta juntada de adultos sin chicos, no los tuyos, nunca concebidos a pesar de los mil y un intentos de la fertilización in vitro, sino los de él, que vos, Judith, tuviste la ilusión de conocer alguna bendita vez cara a cara, cuerpo a cuerpo, y no únicamente a través de fotos robadas con ojitos a vergüenza en el *Facebook* de Ruth, tu amiga confidente del cole. Confidente del alma, e incondicional noviecita de tu hermano David en la carrera de económicas que cursó de pura excusa, solo para estar cerca de él, bajo la ilusión de poseer la situación sentimental en armonía. Sin sospechar el engaño en su mundo paralelo y repleto de simbolismos, como el anillo de oro con incrustaciones de zirconio que indicaba compromiso. Sin darse cuenta, en el salto desde el idealizado trampolín, que chocaría en la zambullida contra la pileta vacía. Lamentando no poseer estrategias para amortiguar el golpe en la caída, y menos aún, para salir del embrollo vincular, aunque sea magullada, pero con la frente alta y marchita. Y no quedar como estaba hasta ahora, enganchada como un satélite de descarte en la órbita de la ilusoria esperanza del juntos para siempre, atrapada como la chica

con la carita empapada de la canción de *La oreja de Van Gogh*, donde el amor verdadero es tan solo el primero y los demás son sólo para olvidar. Hoy, Judith, va a ser un día distinto. Vas a buscar acordar con tu hermano detalles concernientes a la sucesión de los inmuebles de los viejos. Vas a recordar los maltratos. ¿Qué pasó Judith? ¿Qué pasó? Para pasar de ser tan compinches de chicos a desear no haber tenido un hermano. ¿Qué pasó? Sonará nuevamente la voz de David cuando dejó a Ruth. Resonará como fue, áspera, lacónica, descariñada, en un palabrerío de excusas que bien él entendía, y sin la delicadeza de tirar la bomba atómica en la intimidad, muy por el contrario, a la vista de la mayoría de las amigas más cercanas, incluida vos Judith, que flipabas de rabia la noche que fueron a conocer el concheto boliche en Arcos de la Infanta. Vas a continuar con bronca al rememorar la cara de tu amiga, una pasa de uva invadida por una miriada de arrugas de humillación y desprecio, patente en la mirada fija y tristona reflejada en la pantalla del celular. Una pantalla cada más grande a medida que observaba con detenimiento las fotos, hasta alcanzar el grado Goliat. Una pantalla imponente, como la ubicada en la sala del cine América a tus 4 años. Una pantalla agigantada por mil en el *WhatsApp*, al proyectar a su David apretando desaforadamente con la otra en el rincón más recóndito de la pista de baile. Así vas a continuar observándola. Incredula, con el pulgar derecho mojado resbalando en el intento de congelar los fotogramas del envío de Renata, la compañera de la facu invitada a último momento a la fiesta. Vas a seguir rememorando, al ritmo de una interminable serie de canciones enganchadas por el DJ, el ingreso a velocidad supersónica del veneno consanguíneo en todos los recovecos de la agotada caja mental de Ruth, hasta dejarla sin fuerzas para evitar continuar mirando la secuencia atroz, a la Estirada en procaz coqueteo con su amor, su único amor. Vas a detenerte a recordar el intento de suicidio a la salida del boliche, cuando quiso licuarse hasta alcanzar el rango molecular en la estación del ferrocarril, impotente de solo pensar en rivalizar ante la ropa de *Armani* y los *stiletos* montados sobre piernas modelo alta gama. Vas a volver a sentir palpitar el corazón de tu amiga, cuando abrazada a vos, dio cuenta del fin de la relación iniciada un soleado 21 de septiembre. Otra vez, Judith,

aunque intentes resistir, van a desfilar las imágenes. Las caras de felicidad y lujuria rebotadas en los ojos rotos en llanto de Ruth, sobre todo la fría y calculadora de David, gozosa de ansiedad al exhibir a la Estirada de trofeo. Porque, caída la venda de los ojos, ahora conoces la realidad, la ética de tu hermano, lo que es, como es. Un granizo a pleno sol. Un traidor disfrazado de bondad. Un cínico mala persona, sin escrúpulos para viralizar fotos en las redes y blanquear la nueva relación para asegurar el terreno. Vas a imaginar, sin margen de error, como va a pensar él en la reunión vespertina. No le va a importar que vos seas su única hermana. No le va a importar; dalo por seguro. Porque para él todas las personas son objetos de descarte, como un profiláctico que una vez usado se tira. ¿Para qué prolongar la agonía? Mejor terminar rápido el trámite, arrojar el lastre y tomarse el buque. *Business are business* -seguramente habrá pensado en el boliche aquella noche el bueno de David. Porque el cambio de mujer representó pasar de vestir el traje gris segunda mano comprado en una feria americana a pavonearse con un jaqué azul de Cartier, sin importarle en nada el esfuerzo familiar de nuestros padres y ex futuros suegros de haberse endeudado para poder costear la fiesta de casamiento, incluido el viaje de luna de miel a Florianópolis. Pero vos Judith, te movés muy diferente a Ruth, sabes muy bien como es, como buscan encandilar sus ojos a llama azul profundo cuando huele algo más apetitoso a la hora de valorar contactos y dinero. Ese concepto aséptico del amor que pregona, la única manera de comprender la vida para él disponible. Como hojas de cálculo diagramadas en columnas a completar al momento de formar una familia, tituladas hijos, perros, casas, autos, viajes. Ordenadas meticulosamente en un formato *Excel* interior y secreto, bajo la supervisión de una estricta ley privada desprovista de emociones. Toda esa sádica filosofía de usar a la otra persona sin experimentar remordimiento alguno, vas a demoler hoy, Judith. Vas a vengar de un cocacho todas las que hizo. Vas a tener una ventaja. En esta ocasión, David va a jugar de visitante.

Tras tanto camino recorrido, vas a calcular mejor sus pasos. No caerás en artilugios. Repito, sabes, perfectamente, que no vas a conocer a sus hijos, tus sobris de sangre, y menos aún a la

Estirada, la universitaria educada en Suiza, la conocida por vez primera, según David pronunció un par de veces, de casualidad en el MALBA. Porque, como mencionó tu hermano años ha, no piensa volver la fanática en ceremonial y protocolo a la Argentina. Ya consiguió lo que quería en aquellas míticas vacaciones en Buenos Aires tras realizar una pasantía de microeconomía en Tel Aviv, al bobo de la comunidad que la preñara bien entrada los 45, y no una vez, sino un par de veces. Para así cumplir con el sueño americano dibujado en hebreo, grabado a fuego en lo más recóndito de su acervo genético, formar una familia ortodoxa a la antigua. Y por fin acallar los murmullos de la gran aldea, al sortear rápidamente las casillas del juego creado seguramente por su tátara-tatarabuelo, dar por cumplido el mandato familiar de una infinita línea genealógica de judía pureza.

Vas a tener otra ventaja Judith. Va a venir tu hermano sin compañía a la reunión. El perrito faldero va a dar el presente en solitario. Sin haber podido convencer a la dueña a pesar de los ruegos, aunque llegara al extremo de arrastrarse como babosa aplastada de improviso en la vereda un día de lluvia, asqueada ella de haber pisado estas tierras del fin del mundo una vez conseguido el macho fértil, habitadas eternamente en su ideario por aborígenes hipersexualizados con sueños europeos, querandíes modernos mestizados con descendientes españoles, criollos sobrevivientes al malón que asoló a Santa María de los Buenos Ayres en tiempos de la primera fundación.

La espera va a ser larga. Vas a aguardar al osito mimado de mami de a tres. Firme al lado va a estar tu marido de siempre, y a tu izquierda, el abogado sexagenario especialista en sucesiones. Grábatelo bien, Judith, tu hermano va a jugar de visitante, para regocijo tuyo, y de unas cuantas personas más, víctimas de su enorme virtud de embaucar a través de la financiera creada por él, y fundida, de un día para otro, meses después de la apertura. Aunque mamá y papá nunca lo entendieran o quisieran, y defendieran a ultranza al benjamín que vive con la *family* en Ginebra, tan ocupado en asuntos importantes que jamás dispuso del tiempo necesario para mandar un mensajito de saluciones a los viejos en Navidad y fin de año. Esta vez, ¡por fin!, vas a actuar

de Caín. Vas a saborear a grado excelso ver a tu hermanito zapatear embroncado cuando menciones los gastos sucesorios, bien inflados, por cierto, a valor euro. Porque... esos cinco años transcurridos por tus papis en el geriátrico del barrio añorando la mágica llegada del hijo pródigo no le va a salir gratis. Va a pagar la injusta estafa emocional, el eco de promesas incumplidas de bebé predilecto. Y vas a disfrutar del sufrimiento avaro, cuando escuche con la carita atragantada, el descuento a tu favor del dinero sucesorio por el costo de mantener en condiciones los inmuebles. Porque va a tener que aceptar que el jardinero no labura de altruismo, y pagar la moratoria de impuestos de la casona de Quilmes y el departamento en La Feliz supo barrer con todos tus ahorros, incluyendo la venta del *Clío*.

Una reunión ideal a las cinco de la tarde requiere facturas y las facturas más ricas son los churros de *Don Manolo* del local en playa Grande. Como el día va a estar alto de humedad y la frescura es clave para disfrutar de un buen churro, vas a ir al negocio una hora antes de la reunión pautada, aunque aúlle el viento, llueva a baldazos y el noticiero augure las piedras más grandes. Vas a conversar con la anciana de vestido amarillo y sombrero de alas anchas sobre el origen de la empresa churrera entre la gente atiborrada a la entrada, te va a hablar de Don Manuel Benito, el fundador de la empresa por los años 30. Sin preámbulos, van a pasar a los chismes, entre ellos, al más interesante, el truculento, el asesinato a balazos del heredero del imperio *Don Manolo* a manos del suegro. Va a hacer hincapié la anciana en el lugar del crimen, la cochera del lujoso edificio inspirado en el movimiento del mar, construido por el occiso para albergar a sus familiares cercanos, verdugo incluido. Van a intercambiar opiniones sobre el trágico final, los estragos que provocan las peleas de familia. La espera y las discusiones de quien está primero en la malformada fila va a otorgar un tiempo extra para continuar la charla. Se va a sumar a dialogar un calvo cincuentón divorciado hace poco. Van a hablar del despecho, el amor a los hijos, los celos del suegro ante la hija engañada. Deslizará el señor, justo cuando le toca el turno de realizar el pedido, un comentario mínimo sobre la insensatez del suegro en quitarse la vida.

Vas a ser la siguiente. Vas a pedir los churros surtidos, y de ninguna manera vas a olvidar incluir los rellenos en crema pastelera, los preferidos desde niños por tu único hermano. A tu marido, si David llega antes, le vas a decir que no lo haga esperar. Tendrás especial cuidado ante la amenaza de tormenta. Serás previsora, no hay excusas de no tener la merienda preparada a la hora indicada. Vas a llevar vacía la mochila impermeable para poner la bolsita en papel madera repleta de churros a resguardo, el tiempo en Mardel es ladino, y las mayores precauciones son pocas cuando de evitar estropear las facturas al volver del negocio se trata. Vas a caminar a tranco rápido por el boulevard marítimo, no pispiarás marquesinas, ni te detendrás, por más importante que consideres, el paso. Es mala educación que la visita espere, y aún más, cuando son muchos los años transcurridos sin verse.

Al llegar al departamento, apenas entrar, vas a abrir el paquete. Tu marido va a estar de buen humor. Brindará rápida asistencia, no necesitarás repetir el pedido. Vas a ordenar “Por favor, mi amor, coloca los churros ocultos entre 2 recipientes bien hondos, quiero que estén bien fresquitos cuando llegue mi hermano, como si estuvieran recién salidos de fábrica”. Vas a tener el café confeccionado en su punto justo, nada mejor que un *Cabrales* con aroma frutado y notas de almendra, avellana y cacao. Vas a repetir mentalmente lo planeado, ítem por ítem, sin saltar ni un nimio detalle. Deberás armar todo a tiempo reloj. Una vez David adentro del depto, vas a esperar que entre en confianza. Recién cuando beba el café, vas a iniciar el ataque. Vas a cantar la precisa, tema por tema, baldosa por baldosa, sin dejar cabos sueltos. Vas a hablar de corrido, sin dejar tiempo muerto, aunque David lloriquee e implore el retiro. Vas a recordar lo planeado, para aplicar un buen Pearl Harbour no debes dejar a la buena de Dios los sitios de escape, la puerta de entrada vas a dejarla llaveada, la llave escondida. Una sonrisa mínima va a aparecer en tu cara cuando abras el cajón del armario cristalero y extraigas el fierro escondido, el que usaba papá cuando iba a practicar al Tiro Federal Argentino. Te va a temblar la mano al apuntarle a la cara, pero, aunque pida clemencia, inmisericorde, enchufarás los 6 tiros. Vas a permanecer tranquila, no tiene sentido escarbar en la culpa, o el remordimiento. Vas a quedar con la mano

agitada un rato, y la cara y el pecho van a quedar manchadas por goterones dispuestos en diagonal como lluvia escarlata. Vas a notar a tu marido aturdido, y al señor abogado al borde del colapso. Sabelo. La poli va a hacer preguntas, tu marido, también.

A las 5 pasadas, va a sonar el timbre. Vas a descolgar el intercomunicador y oirás la voz fritada de David: un hola, buenas tardes ¿sos vos, Judith? Dirás, ¡Buenas, buenas! ¡buenas, buenas hermano! Dirás, bajo a abrirte, y saldrás disparada inmersa en rencor. Vas a repetir el plan mentalmente, de ninguna manera debe sospechar que le espera, brindarás besos y abrazos, la hipocresía deberá estar *sempre avanti*. E intentarás ir *andante*, un poco vivaz. Pero el corazón traiciona, vas a ir presurosa, *vivace, vivace*, loca de ansiedad. Vas a cruzar corriendo a los salto el angosto pasillo. Vas a abrir, sin demora, la puerta enchapada del viejo ascensor. Chocarás, pum-pum-pum, contra los bordes de un abismo. Oirás, crac-crac-crac, un compás a huesos rotos. Un *prestissimo splash* detendrá la caída con metálico tono.

Vas a soñar cuando los dos eran chicos, cuando jugaban a las escondidas, o al gallito ciego.

Vas a respirar cada vez más lento.

Olerás el aroma del café recién hecho; imaginarás el crujir de los churros ante el primer mordisco.

Jadearás cortamente, mirarás la oscuridad, y te entregarás.

Sergio Carbia

El gigante

Esa emoción difícil de definir que sintió Stendhal en el siglo XIX al conocer la capilla de la Santa Croce en Florencia, se reprodujo en Malena en el siglo XXI cuando bajó la pasarela y se enfrentó al gigante.

La blancura y la inmensidad del glaciar le oprimieron el

pecho, sintió taquicardia y experimentó una tremenda sensación de pequeñez.

Yo estaba a su lado, fascinada. Cuando la miré con complicidad, la noté pálida y seria. Entonces la abracé y sentí su cuerpo pequeño y trémulo.

Le pregunté si le gustaba lo que estaba viendo.

—Demasiado. Me contestó en voz baja y con las manos entrelazadas sobre su cabeza.

Vi de reojo como dos lágrimas bajaban lentas por su carita, tan perfecta como el paisaje.

María Estela Cúneo

Álbum de fotos

Me gusta ir al Pierini, así tengo motivo para viajar. Fantaseo que es un vuelo y que voy a la ciudad más linda del mundo, Buenos Aires, y justo lo que necesito es aire.

Ya estamos despegando y acá sentada en primera fila ventanilla puedo ver como el pueblo queda atrás y delante el verde. El verde me hace bien, me relaja, me limpia, me objetiva. Objetiva ¡que palabra estoy usando! pero no encuentro otra para explicar mis sentimientos, sentimientos de tristeza, de injusticia, de bronca.

De acá, mirando el verde en soledad, puedo manejar mis sentimientos y hablar de Naty. Naty era o es mi amiga. Compartíamos la soledad de las fiestas, el gusto de las antigüedades y los almohadones en punto cruz. La gran diferencia era que Naty tenía campo, mucho campo.

Soltera sin hijos. El día que se fracturó la cadera tuvo que ir Mariana, la chica que trabaja en casa, a cuidarla.

Desconfiaba de todos. Vivía encerrada. A pocas personas les permitía el ingreso a la casa, yo era una de esas.

Una noche después de cenar, Naty trajo un paquete. El paquete estaba lleno de dólares. ¿Dónde lo podemos esconder para que ellos no lo encuentren? Ellos ¿quiénes eran ellos? me pregunté.

¿Saben dónde los puso? en un álbum de fotos.

Ayer pasé por la casa, el garage abierto dejaba ver una camioneta, la puerta estaba abierta, entré, la sala vacía, sin muebles. En el dormitorio solo quedó el ropero con espejo enfrente a la cama.

Naty se estaba muriendo y la casa llena de "ellos".

¿Qué pasó con el álbum de fotos? Espero que esté en manos de algún cartonero.

Bueno, estoy llegando a Retiro, bajo última, antes voy al baño. Pero ¿qué pasa? se trabó la puerta, golpeo, grito, nadie me escucha, estoy en pánico, no puedo continuar escribiendo.

Bárbara G. García

A mate cocido

La veo pasear su delgada figura alrededor de la plaza. Siempre está mirando hacia el hospital. A veces la acompañan cuatro chicos tan flacos como ella.

Hoy me senté a su lado. Una mata de cabellos rojos enmarca su rostro sin sonrisa. Sus ojos parecen extraviarse en las flores de lapacho caídas en el piso.

Sin mirarme saca de su bolsa una mamadera de plástico teñida de verde y me pregunta:

— ¿Usted sabe cómo se sacan las manchas de mate cocido? — Le contesto que sí.

Vuelve a guardar la mamadera. Cuenta que tiene a su hijo de tres años internado hace varios meses. Cruza las manos sobre la falda y continúa.

—Porque estaba muy flaco, todos nosotros somos flacos.

Porque tiene la panza hinchada, a todos se nos hincha la panza a veces.

Porque es bajito para su edad. Nosotros no somos muy altos que digamos.

Porque estaba anémico. ¡Y capaz que todos en la familia somos anémicos!

Y que tiene carita de mono. ¿No se habrán visto ellos?

Dicen que no lo alimenté y que me van a denunciar. ¿Qué creen que con lo que gana el Juan en la recolección de limones alcanza para los siete que somos?

Me dicen que ya debería estar hablando bien y caminando. Si todos los míos han lerdiao.

Me quieren explicar qué es el marasmo. Yo sólo quiero que me devuelvan al Marito.

María Cristina Guerrero

El sueño

Sueña y la observo dormir, el cabello suave recortando la almohada, el rostro cubierto de dulzuras con vestigios de mi infancia.

La contemplo y no lo sabe, mis ojos la buscan en el silencio y un enjambre de abejas encendidas me trepa la garganta.

Toda ella, habita mis manos, y ahora... ahora que duerme, apenas un sueño con blancos balcones que descuelgan guirnaldas, trepo a su sueño y la llamo...

Donde estarás ¿en qué sitio de la casa un otro te arrebató la risa, esa que danzaba como un canto? En que rincón entre paredes azules te atrapó el tiempo, mientras yo te soñaba. Un espacio entre aristas de bruma sostiene el aire en el silencio y desde allí te viajo, por todos tus caminos. Un planeta eclosiona en la noche y desde allí te busco, en todos los ángulos.

Ahora yo duermo al igual que tú y también te sueño, antes que la noche con sus ojos de trueno devore mis manos y no pueda asirte. Antes que la aurora y el caos del mundo cieguen mis ojos y me arrastren para siempre a tu país del olvido, donde no te encuentro.

Tal vez estas aquí y las dos regresemos de noches infinitas, por un camino de flores o de luces que titilan intentando engañarnos, tan similar a este mundo. Tal vez

sea yo la que está dormida en el eco de un sueño, un eco que repite hasta el cansancio.
¡Regresa a mí, Madre!!!

Del libro los sueños de Agatha.

María Fernanda Lui

La alcantarilla de la esquina del buzón

El sentir las gotas de sudor deslizarse recordando la incomodidad, el calor ambiente que hacía arder la piel en perlas de agua y sal, expresión sintética tremendamente gráfica de un cansancio diario continuo, sin importar la época del año y a su vez la tímida satisfacción pero lleno de orgullosa hombría al notar el fuerte modelaje muscular, que por ello pueden mostrar cómo pudo forjarse entre fuego, chispas, vapor y aire tembloroso modelar los nobles elementos de hierro y carbón acercando y artísticamente lograr las vainillas de la rejilla que a través de su acero (que autónomamente se hacían en nuestra ahora perdida, desdibujada SOMISA), parece expresar su satisfacción, sabiendo que tantas situaciones y vidas pasarán y de sol y aire perfumado de trabajo, juegos, pasiones, tormentas, correntadas, cambios estacionales, se entremezclarán transformándose, hediendo vapores almizcles, trocados en desagradables, tóxicos y contaminante fluido semilíquido, semisólido, barroso, a veces irreconocible, que aglutina la lluvia fresca y “limpia”, junto con el polvo, hojas caídas de árboles, restos culturales de la incultura humana; ahí fue donde en la esquina adoquinada de la humilde calle que lleva como nombre a quien fuera depositario heredero del Sable Corvo y en sus terrenos por esta zona, se firmara uno de los Pactos Preexistentes de la Constitución Argentina, haciendo esquina con la calle que lleva por nombre al que fuera primer Director del Hospital “Teodoro Álvarez”, está la tapa enrejada de hierro que cubre como

alcantarilla el sistema cloacal y/o pluvial que “ayer” como único mérito tiene el haber visto jugar una chiquillada barrial a la cual varias veces se les escapaba por allí la pelota, primero de trapo, luego “Pulpito” de goma y mucho después y a veces, una de cuero, aunque pequeña y que rápidamente se deshilachaba, si es que duraba y no la aplastaba algún coche que no frenaba, pero si se iba para abajo, ¡ah!, rápidamente hacer fuerza entre varios, levantar la alcantarilla, me ha tocado a mí ser sostenido desde afuera (confiando en los chicos, a pesar de bromas, risas y “amenazas”, meter la cabeza y brazo para agarrar la pelota y así, incluso a veces encontrar otras cosas como monedas, bolitas, etc., conteniendo al máximo la respiración por el olor nauseabundo cloacal que manaba y que algunos días de lo que luego supe relacionado con el viento, la humedad, los movimientos de fluidos también estaba presente en el aire alrededor del sector de vereda y esquina tan preciada y donde nos criamos aquella (ésta o donde estarán y/o por dónde, cuántos aún) pléyade chiquillada (como la que inmortalizó nuestro Leonardo) y con suerte sacábamos el balón y volvíamos a jugar y desafiábamos a los de “otro barrio” (el mismo), a veces media cuadra más nomás, donde vivían los parientes de quien fuera un Médico relacionado con el grupo al cual le debemos la vacuna contra el Mal de los Rastrojos y otro día (empate con un gol de rodilla histórico en los últimos minutos, recibiendo el abrazo y andas de “los más grandes de la barra”), con integrantes de la futura banda histórica de Gaona y Boyacá, sí, la que menciona Cacho de Buenos Aires y también testigo inferior y oculto de las primeras picardías con las pibas de la otra cuadra y de la vuelta, ahí cerquita de donde funcionaba la vieja fábrica de Crush, casa pegada a la de Palmira, gran profesora de inglés (Cambridge), conocida y respetada por todos y como todo cuentito debe ser corto y directo, quedarán para otra oportunidad historias individuales, la fábrica de Puloil, el Laboratorio de Sueros y sus efluvios y desechos y las primeras confesiones y charlas infantiles que inspiran el Tango y el significado de que

por el adoquinado “se pianta un lagrimón”, conocer, ver releer “cartas amarillas” que encerrara el buzón rojo desteñado y capaz que se muerden por saber que seguramente pisaron o pasaron muy cerca las sandalias del Papa Argentino y por eso quise meter nuevamente la cabeza en la alcantarilla (estará) y que vean la luz tantas ilusiones, historias y puedan ser apreciadas por Uds., por mí mismo y quién sabe ojalá inspiren a otros porque son valiosas y contribuir a limpiar y sanearlas y sanar equívocos que las hayan afectado y brillen e iluminen contribuyendo al literario, vívido y filosófico Porvenir.

Willy Lynch

Habitación Número 9

Observaba embelesado la tenue y cálida luz fulgente y dorada, que atravesaba los dedos de su mano diestra, delante del ventanal que daba a los jardines del hotel. Los rayos del atardecer acariciaban dulce y suavemente su tez blanquecina. Y la bella figura femenina, que había aparecido delante de él, se erguía majestuosa y carnalmente delante de sus varoniles ojos, cual magnetismo, llevando su corazón a palpar desenfrenadamente. Apoderándose de él bajo un hechizo lujurioso. Su mente se extasiaba de tanta pasión llegando a derretir todo su ser hasta al punto del éxtasis.

Mas el abrupto y desenfrenado cierre de la puerta, extrajo a ambos amantes de ese diáfano y placentero momento. El hombre giró su cabeza cual acto reflejo, con ojos aversivos en dirección a la puerta, buscando al culpable de dicho infortunio. Mofándose de aquella inoportuna interrupción. El viento había cometido su delito. Volvió a acomodar su cabeza en dirección al ventanal. Mas ella ya no estaba, había desaparecido por completo sin dejar rastros. La soledad volvía a golpear sus entrañas. Suspiró. ¿Pensando acaso, que ella lo escucharía? Solo la luna en cuarto menguante y las estrellas iluminaban el cielo despejado. Sonaron las diez campanadas del reloj pendular empotrado en la pared sur de la habitación. Se rascó la cabeza, quedando su negra cabellera despeinada. Pensativo se preguntó ¿Acaso tan rápidamente transcurrió el tiempo que ni se había percatado de la hora que era? Gimió, anhelando verla de nuevo. ¿Es de por aquí? ¿Cómo

se llama? ¿Cuántos años tiene? ¿Volvería a verla? ¿Le preguntaré la próxima! se dijo a sí mismo el escritor.

Dio unos pasos hacia atrás en dirección al escritorio de roble ubicado en la esquina. Se había tomado unos días para terminar la obra y enviársela al editor, quien le urgía que la terminase lo antes posible. Pero no encontraba la inspiración para darle un final. Volvía a sentir ese conocido vacío extremo que lo aquejaba, y que le dificultaba concentrarse en varias de sus últimas obras literarias.

Se dejó caer sobre la silla de cuero habano ubicada tras el escritorio. Y con ojos vidriosos fijó su mirada en la hoja en blanco sin letras, situada en la máquina de escribir. Sus pensamientos iban y venían, giraban y tejían imágenes en su mente. ¿Qué giro tomaría esta novela? Se sonsacó.

¡Pero nada! ¡Nada le gustaba! ¡Nada lo convencía! Y golpeó con su puño la mesa, haciéndola temblar junto a la máquina de escribir.

Una sutil brisa veraniega arribó desde el ventanal, y lo sedujo a los apacibles recuerdos de los instantes acaecidos. Rozó con sus dedos su áspera boca y lengüeteó sus labios. ¿Acaso se habían besado? pensó. Sentía un sabor dulce y frutal en sus labios. Inhaló profundamente, con sus ojos entrecerrados evocando alguna escena de ese beso. Un aroma intenso a notas de azahar y miel despertó su sentido del olfato. ¿Acaso era su perfume? Y pensó en ella. Parecía que había sido un instante tan breve, pero intenso cuando la vio allí delante de él. Dejando su fragancia femenina tras de sí como un recuerdo. Se tomó con las manos la cabeza. No podía quitársela de la mente ni del corazón. Reprochándose de la infortunada perturbación que la hizo alejarse de él.

Levantó su mirada en dirección al licor sobre el carrito de bebidas alcohólicas. Tomó la copa de al lado de la botella y la llenó con el preciado licor. Tomó un sorbo y carraspeó. Y como si éste sorbo lo hubiese impulsado vivazmente a terminar el asunto esa noche, se dirigió con pasos apresurados al escritorio, y comenzó a teclear desenfadadamente. ¡La introduciría a ella en su novela! Se había convertido en su musa inspiradora. No quería perder ninguna frase u oración que salían de su imaginación, mientras sus dedos tecleaban vertiginosamente al compás y ritmo de la mente sin cesar. Arrancaba una hoja llena de letras para acomodarla sobre el pílón, y ubicaba la siguiente en blanco en la máquina de escribir. La noche transcurría, y solo el cantar de los grillos y el croar de las ranas acompañaban el golpeteo de las teclas del novelista con su

instrumento. De repente, una brisa fría inundó la habitación. Un silencio sepulcral se apoderó del lugar. El escritor se levantó para cerrar la abertura al sentir el frío en sus espaldas.

La luna había desaparecido y solo quedaba el lucero del alba. En ese instante volvió a aparecer ella, frente al ventanal. Su aroma se había intensificado y la reconoció enseguida. El escritor apreció la dulce y cálida piel femenina rozar su rostro masculino. Sentía como el calor inundaba su pecho y su corazón latía en aceleración. El sol del alba los cubría con su cálida luz rojiza. Se sintió fusionar con ella en aquel fogoso beso que lo dejó sin aliento.

Golpearon insistentemente a la puerta de la habitación número 9 del “Hotel La Femme” en Toulouse. Una voz femenina del otro lado insistía en entrar. Ante la falta de respuesta, los ruidos de unas llaves en el picaporte interrumpieron la taciturna habitación, y el cerrojo se desbloqueó. La puerta se abrió. La mucama entró y se inmovilizó ante el horror que veían sus pequeños ojos. Frente al ventanal con ambas hojas completamente abiertas, descansaba el escritor tumbado boca arriba en el suelo, con sus ojos abiertos y una extensa sonrisa, ya sin vida. La botella de licor de ajeno apenas vacía, yacía volcada junto a él. Sobre el escritorio de roble el pilón de hojas escritas con la última página finalizada.

Era la Belle Époque, y el resplandeciente sol volvía a iluminar a través del ventanal, la habitación y el carrito con la botella de licor de absenta, mientras el perfume de la madre selva de los jardines del “Hotel La Femme” se había impregnado en la habitación número 9 por completo.

Cynthia Pilz

Espejismo

vigor y sutileza de una mirada

Comenzó a trabajar en la minera canadiense de extracción de litio “Los Sapitos”, en el norte de la provincia de San Juan. Allí descubrió lo que era un salar. Desierto blanco.

Luego de que el abuelo fuera a vivir con su hermano, valoró su independencia. Pero necesitaba reordenar su futuro económico.

Lo habían destinado a ese pueblo sombrío, de habitantes hoscos y callados. Las casas iguales de cortinas amarillentas dejaban entrever ojos curiosos de sus movimientos. Las siestas en silencio solo aceptaban algún trinar de pájaros furtivos.

Le gustaba perderse en los caminos arcillosos y solitarios como él. Se había adaptado a esas costumbres. Pero sus palabras pedían oídos y respuestas que faltaban. Sólo el golpeteo de las máquinas martillaba su cerebro día y noche. En las rocas que rodeaban el pequeño poblado podía guarecerse y no extrañar.

Algún feriado, animado y despojado de su abulia, partía hacia el Valle de Tulum. Un oasis artificial regado por el río San Juan donde los cultivos de uva, membrillo, damasco y frondosos olivares sustentaban la economía de la provincia.

Se abstraía del tiempo rumiando pensamientos de su existencia. Saboreaba a solas el vino de la zona, uno de los favoritos del turismo temático relacionado con la vitivinicultura llamada “la ruta del vino”. Siempre acompañando al deleite alguna humeante tortilla sanjuanina.

Y regresaba.

Esa tarde de setiembre, cuando el viento Zonda empezaba a hacer notar su vehemencia climática, entrando al poblado divisó a lo lejos la silueta de un perro de orejas caídas. Cabeza erguida y cuerpo flacucho. Anocheceía. No quiso acercarse. Volveré mañana pensó.

Esa noche fue distinta. Ese animal sería su compañero, lo iría a buscar y juntos recorrerían el poblado. Se durmió con un sueño esperanzador.

Con la claridad de la mañana fue a buscarlo, lo vio a lo lejos, se enterneció. ¿Qué nombre le pondría?

Pero a medida que se acercaba, la imagen tomaba forma y la desilusión lo estremeció. Descubrió con amargura que solo era un tronco de árbol quemado, que el viento y el sol calcinante habían tallado dándole forma perruna.

Se sintió desmoralizado y más solo aún... hasta que la mano en su hombro y la voz amistosa del anciano disiparon su tristeza.

Nilda Valdez

El tablero

Tenue rey, sesgo alfil, encarnizada
reina, torre directa y peón ladino
sobre lo negro y blanco del camino
buscan y libran su batalla armada.

Ajedrez – Jorge Luis Borges

Una tras otra retumbaban sobre las chapas de zinc. Hacía cuatro días que resonaban, desde el alba hasta la noche: Llovía.

La ausencia de estrellas se sufre, como cuando falta el fuego en invierno, pensó Ezequiel y anudó la cinta en el cuello de la camisa blanca. Por la puerta entreabierta se filtraban las notas de las melodías que Elena interpretaba con el saxo, antes de cada cena.

Ezequiel repasó su actividad de la mañana: en el altillo, hojeando álbumes familiares, el burbujeo del agua en las canaletas y el chasquido de las ramas del olmo acompañaban el zis-zis de la escoba que producía la mucama al juntar las hojas en la galería. Con ese silencio plagado de sonidos, en el fondo del baúl había tocado el lomo de cuero. *El diario*, se dijo, *el diario del abuelo*.

Al acercarse al tragaluz, las letras se fundieron con las imágenes y entonces creyó ver al abuelo en el espejo ovalado: camisa de seda, cinta colorada, cabello enrulado hasta los hombros, pómulos agudos que sostenían los ojos negros, fijos en el lazo, imaginó la multitud que avanzaba, todos con la divisa punzó, en la manga, en la solapa, en el cuello. Las letras vívidas del diario describían la polvareda como una nube que desdibujaba los caballos. Leyó que en la gran sala de la estancia sonaban los acordes del piano, que el abuelo sabía de la presencia de la mujer, de sus ademanes lentos, de la mirada apagada, de su palidez, de sus silencios, el abuelo sabía que ella lo estaba traicionando, intuía la sonrisa burlona del intruso, su primo de ojos verdes... y el humo de los cigarrillos, el licor en las copas, el parpadeo de las velas, el tablero con las piezas de marfil y el rey, su rey, caído.

Ezequiel se pasó las manos por los ojos tratando de borrar las imágenes del pasado. Pero las propias se fundieron con las imaginadas: apareció el ajedrez, los peones y vio cómo en la hacienda arreaban la tropilla de yeguas primerizas al potrero de la laguna, cómo arrastraban el arado dejando caer las semillas de trigo en la parcela del arroyo, cómo podaban la hiedra en el jardín y cavaban los pozos para los postes del alambrado, en el corral de las cabras.

Vio que los peones se movían en todas direcciones sobre el tablero, observó al caballo-capataz que gobernaba la peonada, vio a la torre–institutriz que defendía los principios de la familia, vigilaba la conducta del rey y controlaba los manejos de la reina ... Pero, se dijo Ezequiel, nadie pensó en el alfil–primo, engañoso y artero de ojos verdes que, en cruces mal habidos, desbarataba la limpidez de las movidas, bloqueaba la rectitud del rey y abroquelaba a la reina, con agasajos y reverencias, conquistando su voluntad y finalmente haciéndola caer en sus redes...

Ezequiel cerró los ojos a la montonera, a la sala y al rey. El saxo había dejado de sonar pero las gotas seguían tamborileando.

—*Ya llegó*—oyó a Elena desde el comedor— *pero aún falta acomodar el tablero.*

Ezequiel se pasó la mano por la frente, guardó la pipa en el bolsillo derecho y el roce del arma lo estremeció. Su silueta se fue alargando camino a la escalera, haciendo crujir el piso de roble. Con el último peldaño llegó al vestíbulo, levantó la vista y buscó en la pared el retrato del abuelo: la divisa en el pecho, la fijeza de los ojos negros que otra vez le impartieron la consigna. Las manos de Ezequiel estaban húmedas.

Empujó la puerta: la *boiserie* de la sala había apagado las voces. Un aire tibio lo envolvió, las llamas de la chimenea se reflejaban en los caireles. Sus ojos se nublaron pero se recuperó ante la voz:

—*Mi querido primo ¡qué gusto estar nuevamente aquí!*—Martín lo abrazó, su olor a tabaco y brandy lo transportaron al pasado. Sintió náuseas.

— *¿Bueno... el viaje?* —preguntó para poner distancia.

—*Y... mirá, con la lluvia los caminos están imposibles...mientras vos no asfaltes la entrada a la estancia, llegar es una aventura de otro siglo* —Martín rio, guiñando el ojo izquierdo a Elena.

—*Así son las cosas* —murmuró Ezequiel, ubicando las piezas sobre el tablero—
Como siempre, ¿vos con las de obsidiana? —oyó su voz como si fuera otro.

—*Así es mi destino, negro como la obsidiana* —y la carcajada quebró el silencio
Se concentraron en el juego.

Desde la biblioteca volvieron los acordes del saxo. Los ojos verdes brillaron:

— *¿Ella... siempre con la música?* —Ezequiel pareció no escuchar, inmerso en la próxima movida.

La lluvia siguió amodorrando el crepúsculo. Por debajo de la puerta de la cocina el tufillo a carbonada invadió el salón junto al balido de las lecheras, que anunciaba el fin de la tarde. El saxo enmudeció.

—*Jaque mate* —exclamó Martín pero su ademán se detuvo ante la orden:

— *¡No te burlarás de mí, canalla! ...*

Los truenos llegados del horizonte hicieron temblar las piezas sobre el tablero, apagando el sonido del disparo.

Graciela del Carmen Vidal

